

La Leyenda del Almadeo

Se desarrolla en Huesa del Común (Teruel) hacia 1441.

Personajes, por orden de aparición (mín. 18, máx. unos 30):

- Mosén Beltrán.
- Don Antonio, un vecino pudiente
- Román Sánchez
- Aben Levi, padre de Lía.
- Dos vecinos pudientes más.
- Tres soldados
- El Señor del Común Don Juan de Olcina
- Vecinos varios.
- Lía.
- Otro cura.
- Verdugo
- Don Juan, Rey de Navarra y Regente Real.
- Dos pajes reales.

Acto I

Escena 1ª

Es de noche. La oscuridad es casi total, sólo aclarada por un farol aquí y allá.

En las ventanas hay algunas velas de difuntos.

Una calle de Huesa. A la derecha, una casa con puerta y ventana de reja.

A la izquierda, elevado sobre una barbacana, el castillo.

Entre ambas, alguna casa oscura, con puerta, o un lugar en sombra tras el que alguien pueda ocultarse.

Música misteriosa y sobrecogedora que dé frío y un poco de miedo.

Grabación de ladridos de perros en la lejanía, y como de gatos que gritan. Misterio.

Uno desde cada lado del escenario, aparecen dos hombres misteriosos, vestidos de la época, cubiertos con capas y sombreros. Casi no se les distingue en la oscuridad. Uno es Mosén Beltrán; el otro es Don Antonio, un vecino pudiente. Caminan al encuentro lentamente; se miran para asegurarse de que son ellos. Se detienen en el centro.

D. Antonio: ¡Vaya una noche de lobos! Se diría que todos los fantasmas han salido de sus tumbas en pos de parientes olvidadizos, para recordarles que ésta es noche de difuntos, y deben orar por sus almas...

- Mosén:** Bien merecería el susto de su visita quien, llamándose cristiano, olvidase hoy encender una vela para guiar a las ánimas de sus antepasados.
- D. Antonio:** No seré yo quien lo olvide, Mosén Beltrán, que bien presentes los tengo a ellos y a todos los santos en mis súplicas, a ver si entre todos son capaces de librarnos de esta pesada prueba a la que el Señor nos somete.
- Mosén:** No mezcléis al Cielo en esto, que de un mortal es la culpa de lo que nos ocurre.
- D. Antonio:** Sí. De un mortal que también vive en las alturas. (*Señala al castillo*) Desde que Don Juan de Olcina se hizo señor de estas tierras, parece que no pensara en otra cosa que en enriquecerse a nuestra costa. Los tributos nos están ahogando, y se diría que nada es suficiente para ese tirano. Y lo peor es que ni quejarnos podemos. Quien se atreve a protestar recibe aún más cargas como castigo. Si nuestro buen Rey Don Alfonso tuviese a bien contestar a la misiva que le enviamos en demanda de justicia... pero no podemos esperar que estando batallando en Nápoles durante tantos años, pueda ocuparse de este rincón de su reino.
- Mosén:** Os equivocáis, Don Antonio, que el Rey bien se acuerda de Huesa.
- D. Antonio:** ¿Cómo decís? ¿Es que se ha recibido respuesta?
- Mosén:** Una semana ha que llegó el emisario real con una carta de Nápoles.
- D. Antonio:** ¡Entonces los rumores eran ciertos! ¿Y qué dice el Rey en ella?
- Mosén:** El Rey exige a don Juan de Olcina que sólo imponga a estos sus queridos pueblos del Común de Huesa lo que se había estipulado en su venta. Que no se les veje en nada más, ni cargue con otros tributos, y amenaza con castigarlo si contraviniera su mandato.
- D. Antonio:** ¡Entonces todo se ha arreglado! ¡Por fin nos libramos de la tiranía del de Olcina!
- Mosén:** No nos hemos librado de nada. Don Juan tiene contactos en la corte, y mediante algún ardid consiguió que el emisario le entregase la carta real a él, y no a mí. Ahora las cosas están peor que antes. Teniendo él la carta no podemos hacer reclamación alguna. Además está furioso por habernos quejado al Rey, y como castigo a nuestra conspiración ha ordenado nuevas cargas.
- D. Antonio:** ¡Por nuestro señor! Nuevas cargas... pero si la tierra ya está exhausta y el ganado diezmado... ¿Qué va a ser ahora de nosotros?
- Mosén:** Aguardad, Don Antonio, que en poco me tenéis si pensáis que así van a quedar las cosas. Recuperaremos esa carta.
- D. Antonio:** ¿Recuperar la carta? ¿Cómo? El castillo tiene altos muros y recias puertas, y está bien guardado...
- Mosén:** No entraremos al castillo por aquella puerta, sino por esta ventana. (*Señala enigmático a la ventana de la casa de la derecha*)
- D. Antonio:** No os entiendo, Mosén Beltrán. Esta casa está aquí, en el pueblo, mientras que el castillo esta en lo alto de aquel monte...
- Mosén:** Tened fe. Los caminos del Señor son inescrutables. Quedad con Dios amigo Antonio. (*Mientras se retira por la izquierda*).
- D. Antonio:** (*Ahora sólo en el centro*) ¡Entrar al castillo por la ventana de la casa del judío Aben Levi! ¿Habrá Mosén Beltrán perdido el juicio? (*Extrañado, se retira por donde ha venido*).

La escena queda desierta. Campanadas de difuntos.

Escena 2ª

Aparece por la derecha Román, canturreando despreocupado. Llega al centro de la escena.

Román: Está la noche hermosa. Hermosa y fría. Si estaré enfermo de amor, que aunque está empezando a nevar siento que me quema el pecho. Y aun quemándome por dentro no puedo dejar de temblar como un gorrión. Quién diría que yo Román Sánchez, paje principal del señor del Común de Huesa, estoy temblando. Y es que en esta noche, al fin, mi amada Lía consentirá en que pida su mano a su padre, el viejo judío Aben Levi. Será hoy, lo presiento, porque aunque, pudorosa, no se atreva a decirlo, sé que Lía me ama. Tan seguro como que en este momento ella estará tras esos muros anhelando mi llamada y presta a abrirme su ventana. Corro a su encuentro. ¡Pronto el hierro de esos barrotes se tornará en seda!

(Se dirige a la ventana enrejada que hay hacia la derecha de la escena, y llama con voz baja y cariñosa, además de con unos golpecitos.)

¡Lía! Paloma blanca, sal, que soy yo, Román. Deja que la luna palidezca ante tu hermosura. *(La ventana no se abre, y Román da más golpecitos a modo de llamada.)*

Lía, que hasta la nieve brilla esta noche esperando enmarcarte en su halo como a un ángel. *(Más golpecitos)*

¡Caramba, Lía, sal ya, que si no abres pronto, mi corazón además de roto estará congelado! *(Más golpecitos)*

(Se abre lentamente la ventana, y aparece, portando una palmatoria, el viejo y feo Aben Levi, padre de Lía)

Aben Levi: ¡Pero qué paloma ni qué ángel congelado! *(Román, sobresaltado, da unos pasos hacia atrás)* ¡Quién está montando tanto ruido a estas horas de la noche!

Román: *(Azorado)* Señor Levi,... yo... yo...yo...

Aben Levi: ¡Ah! Sois vos... ¿qué buscáis a estas horas en mi casa?

Román: Yo... yo... yo...

Aben Levi: Tranquilizaos, que ya sé que no era a mí a quien llamabais. Román, sé que amáis a mi hija. También sé que ella os corresponde. Mas el viejo Isaac de Blesa me la pide por esposa, y ya sabéis que él es rico, mientras que vos... Sin embargo, por el amor que profeso a Lía estoy dispuesto a daros una oportunidad. Os doy dos lunas de tiempo para que intentéis conseguir tanto

oro como tiene vuestro rival. Si lo adquirís, la flor de la judería de Huesa será vuestra esposa; si no, calentará el lecho del viejo rumí de Blesa. Que el cielo os ayude. *(El viejo se retira cerrando la ventana, que queda a oscuras. Román se aparta poco a poco de la ventana, hasta llegar al centro de la escena.)*

Román: ¡Dos lunas para conseguir una fortuna! ¿Cómo hacerlo? Mi salario es de sólo unas monedas, y aunque vendiera mi espada y mis pocas posesiones no conseguiría otra cosa que hacer reír a ese viejo judío. Puedo ir a un prestamista. No. Jamás me fiarían semejante cantidad. ¿Cómo hacerlo, cómo hacerlo? *(Desesperado, mira al cielo y se arrodilla lentamente, con las manos entrelazadas, rogando)* Díos mío, sabes que siempre he sido un buen cristiano. Guíame en este trance. Dime Señor, cómo he de hacerlo. *(Silencio)* Por favor, Señor, envíame una señal. Una señal que ilumine el camino de este pecador hijo tuyo... *(Silencio)*. Nada. El cielo no se apiada de mí. *(Llora mientras se dobla sobre el suelo. De pronto calla, poniéndose lentamente en pie)* ¡Quizá el infierno me escuche, si el Cielo no quiere oírme! *(Clamando)* ¿Cuánto vale mi alma? ¿Quién la compra? ¡Mi alma por un puñado de monedas!

Escena 3ª

Suenan dos grandes truenos y hay relámpagos. Música inquietante. Suena una risa fantasmagórica, que no se sabe de donde sale, al principio más bajo, luego va creciendo. Román se levanta asustado, y empieza a retroceder hacia el fondo, de cara al público. Lentamente, detrás de él, sale de la casa oscura del centro, riendo tétricamente, Mosén Beltrán, simulando ser el Diablo. Va cubierto con una capa negra hasta el suelo, con capucha negra que no permite verle la cara. Con un brazo largo, flaco y blanco le agarra por un hombro dándole un susto de muerte. Román da un grito, retrocede muy asustado y cae al suelo.

Mosén: *(Voz profunda y misteriosa)* Román.

Román: *(Asustado)* ¿Quién eres?

Mosén: Román, el infierno no desoye nunca a los que le llaman. ¿Así que quieres venderme tu alma? ¿Es oro lo que pretendes? Sí, es el sueño del oro lo que hace brillar tus ojos. ¿En cuánto la valoras? Eras un buen cristiano, hasta ahora... un alma blanca y pura... Ciertamente puedo darte por ella el oro que necesitas.

Saca una bolsa de tela con monedas dentro, y se la tiende a Román. Éste, muy asustado y sin levantarse, se acerca al diablo lentamente extendiendo su brazo para coger la bolsa, pero cuando está a punto de alcanzarla, el diablo aparta la bolsa y se separa unos pasos de Román.

- Mosén:** Pero antes deberás cumplir una pequeña condición. Tu alma es pura, sí, pero tú no tienes poder ni mando, y poco beneficio me reportaría el tenerla. Si quieres conseguir este tesoro, además de tu alma, exijo que me hagas un pequeño servicio.
- Román:** ¿Qué servicio puedo haceros? ¿Qué más puedo yo daros, pobre de mí...?
- Mosén:** Ve al castillo. En la escribanía, en el arca donde Don Juan conserva sus títulos, encontrarás un pergamino que tiene tu señor en una bolsa de terciopelo verde. Cógela y tráemela.
- Román:** (*Poniéndose en pie*) Déjame aunque seas el mismo Diablo. Por más que no tendría inconveniente en darte mi alma a cambio del oro que necesito, a mi señor no le hago yo traición por nada ni por nadie. Huérfano y desvalido me recogió y él me ha educado y me sostiene.
- Mosén:** (*Ríe*) Haz lo que quieras... Pero explícame antes una cosa.: ¿De dónde vas a sacar el oro que necesitas? ¿Te dará tu señor una fortuna para que Lía Levi sea tuya? (*Ríe*) Pronto esa bella muchacha estará calentando los pies del repugnante Isaac de Blesa. ¿Qué decides?
- Román:** ¡No! ¡Eso no! ¡Lía! Te traeré lo que me pides.

Román, encendido de ira, sale corriendo. Música. El diablo guarda el oro y se retira al fondo donde queda en sombras. Román entra en el castillo, y a los pocos segundos vuelve con un pergamino en la mano. El diablo vuelve a salir de las sombras. Toma el pergamino, lo lee detenidamente, lo enrolla y se lo guarda bajo la capa. Cesa la música. Saca de su capa otro pergamino más pequeño, y una pluma, y se los da a Román.

- Mosén:** Y ahora firma este recibo por tu alma. (*Román, sin leerlo, lo firma y entrega al diablo, quien se lo guarda. A continuación éste saca de su capa la bolsa con las monedas y se la da a Román*) Aquí tienes cuatro mil florines. Con esto la hermosa judía será tuya. Hasta pronto Román. (*Música inquietante. Se retira a las sombras.*)

Román, tras un momento de estupor, sale corriendo hacia el castillo con la bolsa. En el umbral se arrodilla y cuenta las monedas mientras ríe con mezcla de regocijo y remordimiento, porque cree que acaba de vender su alma al Diablo. Entra en el castillo. Canto de gallos.

Acto II

Escena 1ª

Es de día. Aparecen desde la derecha, Mosén Beltrán, Don Antonio, y dos vecinos pudientes más. Los tres vecinos llevan espadas al cinto. El vecino 3 lleva en la mano enrollado el pergamino grande.

- Vecino 2:** De verdad que aún no lo entiendo, Mosén Beltrán. ¿Y decís que el pergamino apareció así, sin más, en el altar de la iglesia?
- D. Antonio:** *(Al oído del Vecino 2)* Los judíos tienen algo que ver con todo esto. Creo que en casa de uno de ellos se hizo algún rito o ensalmo para que el pergamino saliera por sí mismo del castillo, y fuera volando hasta una casa del pueblo.
- Vecino 2:** Se dice que durante la noche se oían aullidos como de un alma en pena recorriendo el pueblo.
- Vecino 3:** Lo que yo menos entiendo de todo este misterio, Mosén Beltrán, es ¿porqué para que apareciera el documento, era necesario que cada uno de nosotros aportase tan alta cantidad de oro?
- Vecino 2:** No sé de qué artes os habréis servido para conseguirlo, pero desde luego que prefiero no saberlo. Si no fuera porque sois del clero, diría que esto es cosa del demonio.
- Mosén:** Amigos, en la lucha entre el bien y el mal, a veces los contendientes se aproximan tanto al agredirse, que no siempre resulta fácil distinguirlos. Pero sea de un modo o de otro, lo importante es que en esta ocasión el resultado nos ha sido favorable. Vayamos por fin a demandar justicia.
- D. Antonio:** Permaneced alerta. El jabalí es peligroso cuando se siente acorralado.

Cruzan la escena y llegan hasta la puerta del castillo. A la puerta, un soldado los recibe.

Escena 2ª

- Vecino 3:** *(Al soldado)* Decid a vuestro señor, Don Juan de Olcina, que una comisión de notables del Común desea verlo.

El soldado entra en el castillo, y pasados unos segundos sale D. Juan de Olcina y tres soldados. Los comisionados hacen una breve reverencia.

- D. Juan:** *(Arrogante y falso)* ¡Don Antonio! ¡Don Fermín de Monforte! ¡Don Alvaro de Blesa! ¡Mosén Beltrán! ¡Cuánto honor! ¿A qué debo vuestra visita? Ah, sí, supongo que van a emprender las obras de la nueva hermita... Pues precisamente ayer comentaba con mi contador, que no considero necesaria mi contribución económica para su construcción. En mi opinión la capilla debería erigirse a expensas del pueblo. Coincidiréis conmigo en así

resultaría mucho más... representativa del fervor de los fieles. Por supuesto podéis contar con mi total apoyo, no faltaría más.

Vecino 2: No se trata de eso, señor.

D. Juan: Ah, ¿no?

Vecino 3: *(Con el pergamino enrollado en la mano)* Somos portadores de un documento según el cual nuestro señor, El Rey Don Alfonso V de Aragón, ordena que se limiten los tributos a lo acordado en la venta del Común de Huesa, anulándose de inmediato todas las demás cargas y prebendas establecidas por vos, el Señor Don Juan de Olcina, con posterioridad a su rúbrica.

D. Juan: *(Indignado y perplejo)* ¿Un documento...? Es imposible que tengáis tal carta del Rey. ¡Mostrádmela!

D. Antonio: La tenéis ante vuestros ojos.

D. Juan: *(Asombrado)* Si lo que decís es cierto, cosa que no dudo viniendo de vos estas palabras, con sumo gusto y presteza cumpliré el mandato de nuestro Rey Don Alfonso. Dictaré de inmediato la orden de que todo quede conforme a lo que en esa carta se exige. Mañana mismo un notario ~~levantará~~ *levantará* fe de ello. Y ahora, os agradecería que me hicieseis entrega de ese pergamino.

Mosén: Señor, tan pronto obre en nuestro poder el documento notarial que decís tener intención de hacer escribir, os haremos entrega de él sin más dilación.

D. Juan: ¿Es que dudáis de mi palabra? *(Todos permanecen en silencio)* *(Lleno de ira)* ¿Cómo osáis...? ¡Decirme esto a mí, el más leal súbdito del Rey! ¡Entregadme esa carta!

Vecino 3: *(Retrocediendo)* A su debido tiempo, señor.

D. Juan: *(A los soldados)* ¡Arrebatadles el pergamino!

Vecino 2: Cuidado, Don Juan, que no os saldrá de balde. *(Desenvainando todos)*

D. Juan: *(Fuera de sí)* ¡Quitádsela os digo! ¡Quitádsela!

Se inicia una lucha con espadas. Mosén Beltrán coge el pergamino y retrocede. Los vecinos lo defienden. En la lucha los vecinos retroceden a lo largo de la escena. Al llegar al centro un soldado es levemente herido en un costado y los vecinos consiguen huir por la derecha sin que los soldados logren arrebatársela. Los soldados se dan por vencidos y regresan ante su señor, ayudando al herido.

D. Juan: *(A los soldados)* ¡Cobardes! ¡Inútiles! ¡Quitaos de mi vista! *(los soldados entran al castillo)* ¡La carta real! ¿Cómo han podido robármela? *(Con rabia)* ¿Cómo han sido capaces de entrar en mi castillo? *(Hacia los soldados)* ¡Castigaré a toda la guardia! Pero no, no es posible. Ha tenido que ser alguien de dentro. Pero ¿quién? ¿Quién es el traidor? ¿Quién sabía que la carta estaba allí? Nadie entra en mi escribanía salvo mi confesor, Román y yo mismo... ¡Román! ¡¡Román!! Cuervo al que alimenté con mis propias manos... ¡Ah, traidor! ¡Juro que me las pagarás! *(Gritando)* ¡Me las pagarás! *(Entra en el castillo.)*

Escena 3ª

Música medieval festiva. Por la izquierda, sale Román engalanado para su boda, junto con un cura y varios acompañantes más, hombres y mujeres, que forman el cortejo nupcial. Llegan a la puerta de Lía, que está abierta, y de ella salen el padre, Lía, y varios parientes más. Todos conversan y se saludan felices. Cesa la música.

Román: Por fin llegó el anhelado día. Y mi asombro ante tanta hermosura me hace aún preguntarme si no estaré soñando. Verme junto a Lía ante el altar, y hacerla mi esposa... Demasiada fortuna para tan humilde siervo.

Aben Levi: Te aseguro, Román, que no estabas soñando en el momento en el que me enseñaste aquella bolsa llena de dinero. Por bien cierto tengo que eres acreedor a su mano, y si en todo eres capaz de poner el empeño que pusiste para conseguir el oro, ¿qué otra prueba necesito de que tan buena hija tiene buen marido?

Román: Pequeña prueba para tanto amor. Mas espero que el tiempo me dé la oportunidad de prodigarle muchas más en una larga vida juntos.

Aben Levi: Y a mi de comprobarlo. (*Ríen.*)

Cura: Pero, vayamos ya a la iglesia, que la ceremonia será larga. Lo que primero corresponde es cristianar a la muchacha. Después vendrán los esponsales, y por último, con gran placer bendeciré el banquete.

Aben Levi: Vayamos pues, vayamos.

Todos ríen alegres. Cuando van a ponerse en marcha hacia la iglesia, aparecen desde el castillo tres soldados marchando.

Dos se ponen a los lados de Román, y el tercero frente a él. Primero un breve murmullo, y luego todos callan sobresaltados.

Soldado: ¡Paso a la guardia del Común!

Vecino: ¿Qué es esto? (*murmillos*)

Soldado: Román Sánchez, ¡daos preso! (*Silencio*)

Román: ¿Qué es lo que ocurre?

Soldado: Se os acusa de robo.

Todos los presentes se miran sorprendidos y consternados. Murmullos. Lía se desmaya. Más murmullos.

Román: (*Desesperado*) ¡Hay de mí! Qué ingenuo fui si creí que al fin iba a hacerla mi esposa. El diablo no conoce de tratos. Adiós alma mía.

Los soldados se llevan a Román al castillo. Unos se van por la derecha, otros meten a Lía en casa, todos lamentándose. La escena queda desierta. Música dramática.

Acto III

Escena 1ª

Música triste. Amanece. Del castillo salen Román vestido de harapos, despeinado, sucio y con heridas y señales, medio arrastrado por los soldados. Seguido del cura que lleva un libro de oraciones. Detrás sale Don Juan de Olcina, y por último un formidable verdugo encapuchado, con una soga en las manos. Los soldados ponen una viga horizontal desde la ventana o tapia más próxima al castillo. Cesa la música.

D. Juan: Mejor habría sido que hubieses confesado enseguida. ¿Te das cuenta? Habría sido mucho menos doloroso para todos. Al final has acabado reconociendo tu repugnante crimen. Lo único que lamento es que no hayas dicho quién te pagó por hacerlo. No debiste empeñarte en repetir una y otra vez esa absurda historia del Diablo.

Román: ¡Os prometo que es la verdad! Fue el mismísimo Diablo que se me presentó la noche de difuntos y me obligó a llevarle el pergamino. ¡Si yo ni sabía qué había en él escrito!

D. Juan: Ah... Basta ya de historias. Me aburren tus fantasías. Pídele ayuda ahora al Diablo, a ver si se presenta. Aunque mejor harías en encomendar tu alma a nuestro señor Jesucristo.

Román: ¡Piedad, mi señor!

D. Juan: ¿Pides piedad? Te recogí cuando apenas sabías caminar, huérfano y sólo. ¿Y así me lo pagas? ¿Cómo podría perdonarte? Además, ¿qué respeto tendría de mis vasallos si dejara impune tu crimen? No se perdona al perro que muerde la mano de su amo. ¡Se le cuelga! (*hace una seña al verdugo, quien comienza a preparar la soga*) Y abandonad después su cadáver a los cuervos. Quiero que sirva de ejemplo. Últimamente andan algo revoltosos mis vasallos.

El verdugo empieza a colgar la soga de la viga, y Román es conducido bajo ella y lo preparan. Simultáneamente el cura empieza a leer oraciones en latín en voz baja. Luego en voz más baja aún, como de fondo, mientras Román clama, y sigue leyendo casi inaudiblemente hasta el final de la escena.

Cura: Anima Christi, sanctifica me. Corpus Christi, salve me. In hora mortis meae voca me. Ab hoste maligno defende me. Sanguis Christi, inebria me. Aqua lateris Christi, lava me. Passio Christi, conforta me. O bone Iesu, exaudi me. Intra tua vulnera absconde me. Ne permittas me separari a te. Et iube me venire ad te, ut cum Sanctis tuis laudem te. Te aeternum Patrem omnis terra veneratur. Tibi omnes Angeli; tibi caeli et universae Potestates; Tibi Cherubim et Seraphim incessabili voce proclamant: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt caeli et terra maiestatis gloriae tuae. Te gloriosus Apostolorum chorus, Te Prophetarum laudabilis numerus,

Te Martyrum candidatus laudat exercitus. Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia, Patrem immensae maiestatis: Venerandum tuum verum et unicum Filium; Sanctum quoque Paraclitum Spiritum. Tu Rex gloriae, Christe. Tu Patris sempiternus es Filius. Tu ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti Virginis uterum. Tu, devicto mortis aculeo, aperuisti credentibus regna caelorum. Tu ad dexteram Dei sedes, in gloria Patris. Iudex crederis esse venturus. Te ergo quaesumus, tuis famulis subveni: quos pretioso sanguine redemisti. Aeterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari.

Román: El sol está saliendo. (*Canto de pájaros.*) La mañana me saluda radiante en mi partida, y en su blancura adivino el rostro de mi amada. Ah... Soy un juguete en manos del destino, que se burla de mí quitándome la vida por dos veces. La primera vez ya la perdí al separarme de Lía cuando casi podía acariciar sus labios. No me duele dejarla ahora de nuevo si no he de vivirla junto a ella, ni me importa lo que pueda ser de mi alma, puesto que ya vivo en el infierno si he de estar lejos.

El verdugo ha terminado los preparativos y el cura su oración. Silencio. De pronto, se inicia una grabación con un tumulto de voces, como de una muchedumbre que se acerca y gritos de júbilo y vivas al Rey. Un soldado se sube a las almenas para ver qué sucede.

Soldado: ¡Señor! ¡Se acerca una multitud! ¡Parece que ha llegado al pueblo una comitiva a caballo! ¡Portan el estandarte del regente real! ¡Están subiendo!

Escena 2ª

Música. Entra en escena por la derecha Don Juan, Rey de Navarra, con unos pajes armados, Lía y su padre, y todos los vecinos, menos Mosén Beltrán. Un paje abre la comitiva. Todos quedan hacia el centro de la escena menos el Rey y los pajes que avanzan hacia el castillo. Cesa la música.

Paje 1: ¡Su majestad Don Juan, Rey de Navarra y regente real de Aragón! (*todos los que estaban en la parte del castillo hacen una reverencia. Don Juan de Olcina se acerca al Rey y le hace una reverencia.*)

D. Juan: Majestad, cuánto honor tener en mi casa al mismísimo regente real en persona...

Rey: Levantaos. ¿Quién es ese desdichado?

D. Juan: Nadie. Un ladrón sin importancia.

Rey: No es eso lo que tengo oído. Soltadlo.

Los soldados sueltan a Román, quien va adonde está el rey, y le hace reverencia quedando rodilla en tierra.

Román: Majestad.

Rey: Román, he sido informado de tus actos, y de la razón de tu castigo. Ciertamente me congratulo de que Mosén Beltrán acudiera a verme, y

también de que hayamos llegado a tiempo de evitar una tropelía más, (*mirando a Don Juan*) de las muchas que últimamente se están cometiendo en este Común de Huesa. Tiempo es ya de que el responsable rinda cuentas. Y si lo que me cuentan se comprueba como cierto, como así parece, actúe la justicia con cumplido peso. Que no hay falta mayor en un gobernante que el abuso de la autoridad que el rey le entrega. (*A Román*) Levantaos. Creo que hay alguien que os espera.

El Rey y Román, seguidos de los pajes, cura y soldados, bajan al centro de la escena, donde estaban Lía, que le toma las manos, y su padre, y los vecinos. Todos les rodean, muy alegres.

Rey: En buena hora recibí noticia de lo que aquí acontecía, amén de la existencia de la carta que mi hermano el Rey envió a los notables del Común de Huesa. Y ante semejante atropello no he dudado un momento en ponerme en camino. Sólo dos jornadas he tardado desde Zaragoza.

Román: Majestad, nadie más que yo os agradece vuestro gesto.

Rey: No está mal, ¿eh? Dos jornadas... suerte que no traje mi silla nueva... ¿Dónde estaba? Ah, sí... Me han contado tu admirable gesta. Ofrecerte voluntario para escalar los muros del castillo, con gran riesgo de tu vida... ¡Admirable!

Román: (*Sorprendido*) ¿Señor?

Rey: En cuanto me lo contaron decidí ponerme en marcha de inmediato.

Román: Señor, pero si yo no... (*Le interrumpe el vecino 2*)

Vecino: ¡Admirable! ¡Admirable!

Vecino: ¡Qué valor! (*Murmullos y algunos aplausos, y otras frases así.*)

Rey: Esperad. (*Todos callan.*) Román, he decidido no dejar sin premio tu conducta. En reconocimiento a los servicios que tan gallardamente has prestado a tus vecinos, y por ende a la Corona, te otorgo carta de hidalguía para ti y tus descendientes.

Román: Señor, debo decirles que yo no...

Rey: Basta. La modestia me aburre.

Román: (*Encogiéndose de hombros*) Soy indigno de vuestra gracia. Tendréis en mí a vuestro más fiel servidor.

D. Antonio: Y como no hay nobleza sin tierra, también en prueba de agradecimiento, el Común de Huesa quiere haceros un presente: En su nombre os hago entrega de la concesión de dominio sobre la partida que queda a espaldas de este castillo. (*Murmullos de aprobación. Le entrega un documento.*)

Rey: ¡Ah, sí! Una cosa más os ordeno.

Román: ¿Majestad?

Rey: Que desposéis mañana mismo, en mi presencia, a esta linda doncella que no cabe en sí de gozo. Está claro que haceros esperar más sería la peor tortura. Con su hermosura y vuestro arrojo, no faltarán en este Común de Huesa vástagos vuestros que bien me sirvan... Os mando que tengáis al menos diez.

Román: Cumpliremos vuestra orden con mucho gusto, y con la ayuda de Dios...

En ese momento hay un rayo y un fuerte trueno. Se inicia música misteriosa. Todos quedan en silencio y aparece el Diablo por la derecha, abriéndose paso entre la gente, que se

retira a su paso como asustada, con leves murmullos. Lleva en la mano el pergamino por el cual Román había vendido su alma al diablo. Baja un momento la música.

Mosén: (Voz profunda y misteriosa) Yo también quiero haceros un regalo.

Sube la música. El Diablo se acerca lentamente. Cuando llega junto a Román, éste está pálido y temblando. El diablo extiende su brazo y entrega el pergamino a Román, quien lo despliega, lo lee rápidamente en silencio y queda sobrecogido. Cesa la música. El Diablo toma el pergamino de la mano de Román. El diablo se descubre, mostrando que en realidad es Mosén Beltrán.

Román: ¡Mosén Beltrán!

Rey: ¿Qué significa esto, Mosén Beltrán? ¿Qué es ese documento?

Mosén: Majestad, con vuestro permiso. (*Empieza a leer el pergamino*) En el día de todos los santos del año del señor de 1441, yo, Román Sánchez, paje de Don Juan de Olcina, señor del Común de Huesa, vendo mi alma a Mosén Beltrán, quien la compra para servicio de Dios y bien del Común de Huesa, por la cantidad de cuatro mil florines de Aragón que me han sido entregados a cambio.

Román: ¡Luego vos erais el Diablo!

Mosén: Digamos que lo fui durante un corto rato.

Román: Pero, ¿para qué queréis vos mi alma?

Mosén: En verdad que no era vuestra alma lo que yo buscaba. Todo fue una treta para conseguir la carta real que Don Juan indebidamente retenía. Sabiendo que vos nunca aceptaríais hurtársela a vuestro señor, ideé este sencillo plan, de acuerdo con mi amigo Aben Levi, para obligaros a entregármola. ¿Qué otra cosa os habría movido a hacerlo sino el amor que tenéis por Lía?

Román: ¿Entonces tampoco era cierto que el viejo Isaac de Blesa la pretendiera?

Aben Levi: Que el cielo nos perdone, pero el viejo Isaac ya no está sino para contar historias a sus nietos. (*Ríe.*) Aunque como todos los gentiles hombres del Común, también puso su parte para juntar los cuatro mil florines.

Rey: Pues aclarado este asunto, Mosén Beltrán, tan sólo queda que restituyáis su alma a su legítimo dueño, no vaya a ser que el viento se lleve el pergamino, y el desdichado se condene a vagar por esos montes.

Mosén: Vuelva entonces el alma al cuerpo. (*Le entrega el pergamino a Román.*)

Román: Y vuelvan también los cuatro mil florines a sus dueños, que si los retenía doy fe de que sólo era por conseguir a mi amada, pese a lo que me quemaban por venir del Diablo. Nada he gastado. Teniéndola a ella, ninguna falta me hacen. (*Un acompañante le da la bolsa, y Román a su vez, se la da a Mosén Beltrán.*)

Aben Levi: ¡Bien hecho! Ahora vuestras nuevas tierras os proporcionarán lo que necesitamos.

D. Antonio: Y ahora, todos a trabajar, que muchos son los preparativos que hay que hacer para la boda de mañana.

Todos ríen y aplauden y quedan contentos y felices. Sale Lía de la mano de Román al centro y explica:

- Lía:** Y de este modo las tierras que quedan a la espalda del castillo de Huesa pasaron a llamarse El Almadeo, es decir, el que dio su alma a Dios, y así se las conoce todavía.
- Román:** Actualmente del castillo del Común de Huesa sólo quedan unos cuantos muros derruidos, pero hay quien afirma que, algunas noches de verano, aún puede oírse las felices risas de Román y Lía que corren y danzan de la mano entre sus muros.
- Lía:** Y dicen también que a quien los escucha, le embarga de repente el impulso de echarse a danzar, y a amar.

Música medieval festiva. Todos ríen y danzan alegres.

TELON

Leyenda del Almadeo (Huesa del Común), teatralizada por Pedro Luis Arqued Sanz sobre una leyenda de Salvador Gisbert Gimeno

Publicada en Internet en www.bleesa.info/rinconliterario.

Representada en Blesa y Huesa del Común (Teruel) en 2005, como parte de la promoción del teatro infantil y juvenil de la asociación cultural El Hocino de Blesa.